

## **Bibliotecas como agentes de cambio**

Edgardo Civallero  
Coordinador de biblioteca y archivo  
Fundación Charles Darwin  
Puerto Ayora – Islas Galápagos

*Conferencia inaugural del XXI Congreso de Bibliotecarios del Ecuador, 1 de agosto de 2019, Loja, Ecuador.*

### **[Una introducción]**

Es tiempo de quitarnos de encima lo superficial y lo manipulado, lo censurado y lo distorsionado, la paja y el fango. De quitárselo a nuestras ideas. De despojarlas de todo lo que les sobra, de todo lo que nos han impuesto, y de todo lo que nos hemos impuesto a nosotros mismos sin una reflexión previa o un motivo justo.

Es tiempo de preguntarnos por qué sobraban todas esas cosas que quitamos y por qué, aún sobrando, estaban allí. De cuestionarnos por qué muchos querrían que esas cosas que hemos descartado siguiesen donde estaban. De preguntarnos por qué mantenemos lo que hemos decidido mantener, por qué lo esencial es eso y no otra cosa.

Es tiempo de darnos permiso para tirar a la basura lo inservible, para pulir lo que conservamos, y para sentirnos más ligeros de carga y de intenciones. De preguntarnos por qué no habíamos hecho eso antes.

Finalmente, es tiempo de preguntarnos cómo podemos ayudar a otros a hacer lo mismo que acabamos de hacer nosotros.

Los invito a dar un primer paso en ese proceso, hoy, aquí, con la idea de biblioteca. Para ser capaces de imaginar una biblioteca que pueda ser un motor real de cambio social

## 1. Desnudando ideas

Una de las formas más sencillas de evaluar una idea desde una perspectiva crítica consiste en desmenuzarla en sus distintos componentes, apartar lo superfluo y lo innecesario, recoger lo esencial y analizarlo para lograr comprender su funcionamiento.

El proceso conlleva despojar a la idea en cuestión, hasta donde sea posible, de todos los elementos que no sean vitales: desnudarla completamente de complementos, de opiniones, de falacias lógicas, de basura informativa, de etiquetas innecesarias, de leyendas y mitos, de tejemanejes e influencias externas, de los hilos del poder, de mordazas y censuras. Dejar limpio el núcleo duro, el alma, el esqueleto... Conservar el puñado de elementos —generalmente unos pocos— sin los cuales la idea dejaría de ser precisamente lo que es.

Reducidas a sus lineamientos más esenciales, incluso a estados esquemáticos que parecieran no estar siquiera completos, las buenas ideas siguen funcionando bien. Es más: en ocasiones funcionan mejor que nunca. Quizás por haber sido desprovistas de la pesada carga que significa lo suplementario, por haber sido liberadas de los impedimentos de lo sucio y las cadenas de lo inútil, y haber sido devueltas a ese estado original para el cual fueron pensadas en un principio.

Este ejercicio de eliminación de lo superfluo —o de elección y conservación de lo imprescindible, que para el caso es lo mismo— nos obliga a conocer perfectamente la idea para lograr desarmarla; a comprender cada uno de sus componentes, para distinguir lo vital de lo irrelevante; a tener valores lo suficientemente claros como para decidir qué es necesario conservar de esa idea y qué se puede descartar. Nos obliga a hacernos preguntas y a proveer argumentos que sustenten todas y cada una de esas decisiones, a analizar la situación, a procesar críticamente toda la información disponible. Nos lleva a plantarnos, cara a cara, ante dudas primordiales, ante "¿por qué?" y "¿para qué?" cuyas respuestas —que suelen darse por supuestas— pueden llevarnos a revelaciones bastante sorprendentes.

Esta conducta de pensamiento y análisis crítico es, a la vez, la base de cualquier rebelión. "Rebelión" entendida como resistencia a lo que viene impuesto (desde fuera y, por lo general, desde arriba) y como cuestionamiento permanente de una realidad presentada como verdad incuestionable.

Rebelarnos significa enfrentarnos a nuestras ideas o a las de otros sin pedir permiso ni instrucciones, pensarlas por nuestra cuenta, desmenuzarlas sin miedo, desarmarlas sin seguir planos o esquemas pre-diseñados, sacudirnos los yugos impuestos y los estereotipos asumidos para analizar lo que creemos y hacemos desde perspectivas nuevas (o, al menos, propias), y debatir, comparar y decidir de manera informada. Significa dudar de y plantarle cara a un sistema hegemónico que nos prefiere callados, sumisos, obedientes, quietos, crédulos, miedosos, inertes y/o entretenidos en cosas que no impliquen evaluaciones de ningún tipo, críticas de ninguna clase, decisiones que no estén prefabricadas, opiniones que desentonen, comportamientos que no puedan ser cooptados, colores y sonidos que destaquen...

Rebelarnos equivale a desnudar ideas, despojarlas de caretas y disfraces y, acto seguido, anunciar al mundo que, efectivamente, están desnudas. Como lo estaba el rey del viejo cuento, por muy convencido que estuviese de lo contrario.

Si aplicamos los postulados anteriores a la idea de "biblioteca" (y, más concretamente, a la idea actual de "biblioteca pública-popular-comunitaria-escolar" en su sentido más amplio e inclusivo) y la reducimos a sus rasgos más elementales, ¿cuáles serían esos puntos primordiales? ¿Cuáles serían los elementos esenciales sin los cuales el concepto de "biblioteca" deja de ser lo que es, y que marcan el sentido último de la práctica bibliotecaria? Yendo un paso más allá: ¿cuáles serían los elementos accesorios, suplementarios, innecesarios que la biblioteca carga encima y que suelen ser vistos como algo natural? Y, sobre todo, ¿por qué todos esos elementos innecesarios son vistos como algo natural, e incluso necesario?

### **[Un interludio anecdótico]**

"¿Y para qué queremos una biblioteca?" me preguntaron en aquella comunidad desbibliotecada.

Yo creía tener todas las respuestas, pero no tuve una para esa pregunta. Tras esa, y como piezas de dominó, todas mis certezas fueron cayendo; si una de mis respuestas prefabricadas no servía, la siguiente —enlazada lógicamente a la anterior— tampoco. Fue así como me quedé sin respuestas y sin ideas y, al final, tuve una contestación para la pregunta inicial.

"No lo sé".

A pesar de todo eso, no me desanimé. Intuía que tenía algo para ofrecer a aquella comunidad. De modo que, valiéndome del poco sentido común del que pude hacer acopio, empecé a deshojar mi idea de "biblioteca" como quien pela una cebolla, quitando capas y capas hasta llegar al centro. Al núcleo. A la idea "original", la más básica. Y eso fue lo que ofrecí a la comunidad.

Aceptaron, claro. No hizo falta explicarles porqué necesitaban lo que yo ofrecía, no hizo falta "venderles" la idea (¿hace falta alguna vez?): ellos mismos habían estado buscando la forma de concretarla durante años. De hecho, yo no hice mucho; solo ayudé a que ellos lo hicieran.

## **2. Desmenuzando la idea de biblioteca**

Este ejercicio que pretendo llevar a cabo aquí pretende generar más dudas que certezas. Pretende provocar interrogantes, no dar respuestas ni soluciones. Pretende colocarlos a ustedes frente a preguntas no siempre cómodas, para las cuales probablemente no haya respuestas fáciles, o, al menos, no haya una única respuesta válida. Quizás ni siquiera haya respuestas inmediatas. Pero es desde esta confrontación desde donde nacen las cosas nuevas.

Si despojamos a la idea de "biblioteca" actual de todo lo accesorio y la limitamos a lo esencial, nos quedamos con lo siguiente: un espacio, real o virtual, en donde una o más personas se ponen en contacto con algún tipo de información o conocimiento. El contacto es directo y sin intermediarios, aunque con la presencia de un colectivo —el bibliotecario— cuya labor ayuda a que ese encuentro se produzca.

Es en la definición *razonada y crítica* de los términos de esta ecuación ("espacio", "persona", "información/conocimiento" y "contacto") en donde se decide, conscientemente, deliberadamente, de qué forma se expresará y se concretará esa idea de "biblioteca" en la realidad. Y, consecuentemente, qué rol jugará el bibliotecario.

Es en esa definición en donde la biblioteca puede marcar la diferencia.

\* \* \*

Por "espacio" se debe entender "cualquier espacio". Pues cualquier lugar, por básico que parezca, puede ser bueno para ubicar una biblioteca. Los numerosos servicios móviles de todo el mundo lo han demostrado con creces, armando unidades en el patio de tierra de una casa campesina, en un bar de pueblo, en una estación de autobuses o de trenes, en la playa de piedra de un río o en un cruce de senderos en la ladera de una montaña, por poner solo un puñado de los cientos de ejemplos disponibles.

El espacio no define la biblioteca (aunque la etimología del término sugiera lo contrario): simplemente es el marco en el cual se desarrolla la actividad bibliotecaria. Un "mejor" espacio puede resultar en una mayor "comodidad" para sus usuarios (aunque sería preciso definir y discutir los términos "mejor" y "comodidad"), pero no implica necesariamente un mejor servicio, mucho menos una mayor satisfacción por parte de aquellos que lo visiten. El espacio bibliotecario debería dejar de lado cuestiones de estatus o de mera apariencia y reflejar la realidad (cultural, histórica, social, económica, geográfica) de la comunidad a la que sirve. O, al menos, debería plantear la menor cantidad de contradicciones posibles entre su estructura, su apariencia y sus servicios y la realidad cotidiana de sus usuarios y visitantes.

De esta forma se plantea una primera rebeldía posible: ignorar los límites, los estereotipos y las convenciones impuestas por los espacios, las construcciones, las instalaciones y los recursos. El hecho de que la biblioteca se encuentre en un edificio, de que ese edificio sea grande y atractivo y de que en su interior disponga de determinadas herramientas no la convierte necesariamente en un lugar útil, ni siquiera agradable; por el contrario, en ciertos casos puede transformarla en un injerto extraño, un elemento invasivo dentro de una comunidad, que nadie se molestará en habitar o utilizar.

La función del espacio bibliotecario es responder a unas necesidades determinadas en un lugar concreto, teniendo en cuenta unas posibilidades particulares. Todo lo demás —brillos, grandezas, modernidades, mejoras— son agregados que no siempre hacen al objetivo final de la biblioteca. Bien lo demuestran los muchos casos de bibliotecas "de última generación" vacías y moribundas, y "modestas" bibliotecas populares absolutamente llenas y vivas.

\* \* \*

Por "persona" se debe entender "toda persona" o "todas las personas", sin distinción ninguna, sin posibilidad alguna de barrera, olvido, condena o exclusión.

Aquí aparece la segunda rebeldía bibliotecaria: ignorar, de manera consciente y comprometida, las diferencias de clase y estatus, las brechas de poder, las barreras económicas, los odios étnicos, las luchas religiosas, las diferencias de género y de edad, y cualquier otra actitud o idea que conduzca a la exclusión de un grupo humano, incluyendo aquellas políticamente correctas, oficialmente promovidas y/o socialmente aceptables y aceptadas a pesar de décadas de declaraciones de derechos internacionales, de legislaciones nacionales y de recomendaciones institucionales.

En este aspecto, la biblioteca debe rebelarse sobre todo contra aquellos mecanismos propios del sistema hegemónico que se encargan de medir, clasificar y etiquetar a las personas de acuerdo a un conjunto de factores social y políticamente pre-diseñados (muchas veces basados en prejuicios y estereotipos) y, en última instancia, se ocupan de excluir a aquellos que no caen dentro de determinados parámetros considerados aceptables. Las características personales, socio-económicas o identitarias de un individuo no deberían afectar, bajo ningún concepto, a las oportunidades que la biblioteca pueda ofrecerle (expresadas en "servicios"); influirá únicamente en el tipo de oportunidad que tal individuo requerirá. En el espacio bibliotecario, sea cual sea, adquiera la forma que adquiera, todas las personas tienen los mismos derechos, y las vallas, brechas y exclusiones deberían ser conceptos y actitudes a eliminar de forma urgente.

Al mismo tiempo, la biblioteca también debe rebelarse contra su propia tradición, secular y muy arraigada, de impedimentos y barreras: "sólo" para los socios, "sólo" para aquellos que paguen, "sólo" para los vecinos del barrio, "sólo" para los estudiantes de determinada institución, "sólo" en el idioma oficial... Tales barreras suelen reflejar y replicar, a pequeña escala, las existentes en la sociedad en general, y se disfrazan muchas veces bajo la careta de "requisitos burocráticos". Curiosamente, esos impedimentos pasan por alto las directrices y declaraciones de UNESCO, IFLA y ALA que suelen usarse como cimiento de las políticas y las prácticas bibliotecarias.

Los únicos límites tolerables dentro de una biblioteca —siempre y cuando no se usen como excusas o pantallas para establecer otros— son los que imponen el sentido común, la convivencia pacífica y saludable, y las (siempre presentes) limitaciones físicas y de recursos. Las demás restricciones son inaceptables, aún cuando vengan avaladas por estudios académicos (p.ej. sectores etarios que son "mejores usuarios"

que otros), estadísticas (p.ej. "tribus" y otras minorías a las que no conviene atender), políticas oficiales (p.ej. contra la mendicidad o las "minorías étnicas"), razones económicas (p.ej. no vale la pena invertir recursos en determinado servicio) o mandatos legales (p.ej. contra la migración "ilegal").

Al rebelarse contra cualquier traza de división, de exclusión y de olvido, la idea de biblioteca se libera de viejos elitismos y clasismos, recupera para su acervo las bases de muchas luchas progresistas, y se convierte en una propuesta humanista, igualitaria, inclusiva, equilibrada y libertaria.

\* \* \*

Por "información" y "conocimiento" se entiende la producción intelectual y artística de una sociedad determinada, que constituye la memoria social, el patrimonio intangible y el acervo cultural del grupo humano que la crea, y, por qué no, de la humanidad en su conjunto.

La información y el conocimiento son bienes sociales, es decir, bienes vitales para la vida y el desarrollo de cualquier colectivo. Debido a su importancia, su uso y disfrute no deberían estar sujetos a ningún principio de exclusión. Sin embargo, lo están: precisamente por su enorme valor, el sistema capitalista los ha convertido en la base de un nuevo esquema socio-económico —la "sociedad de la información"— que deja fuera a aquellos sin recursos suficientes para adquirir sus productos. Al convertirse en bienes de consumo, la información y el conocimiento se ven directamente afectados por las leyes de la oferta y la demanda y por la lógica propia del capitalismo, que incluye producción masiva, creación de sub-productos y derivados que maximicen los beneficios, legislación que penaliza cualquier uso "no autorizado", y un amplio número de otras limitaciones.

En este punto se presenta una tercera rebeldía bibliotecaria: oponerse a la apropiación y la cosificación del patrimonio cultural —el de un pueblo o el de un planeta entero—, a la mercantilización de semejante acervo y a su conversión en un producto con características dictadas por el *marketing*. Luchar contra las barreras (socio-económicas, culturales, políticas, legales, éticas) que tal proceso impone al libre acceso y uso de ese conjunto de saberes, y defender lo público y lo común. Trabajar contra la transformación de los lectores en "clientes" cuyos "hábitos de lectura" pueden ser medidos mediante estadísticas y tabulados para poder "predecir comportamientos" y crear "servicios" demasiado parecidos a negocios. Resistirse a la conversión de una

manifiesta necesidad pública de información y conocimiento en una enorme oportunidad capitalista, y a la cooptación por parte de un modelo que trata con la misma falta de principios a la cultura que a cualquier otra necesidad humana.

La comercialización de la información ha traído aparejada la aparición de otros fenómenos relacionados, contra los que la biblioteca también debe rebelarse: los abusos monopólicos de los conglomerados editoriales y de las compañías que manejan bases de datos y publicaciones periódicas académicas (junto a sus indicadores de impacto), las políticas universitarias de producción masiva y banal de artículos, el establecimiento de numerosas y variadas tasas de pago para acceder al conocimiento, las distintas trabas que el *mainstream* pone a los proyectos de acceso abierto...

La biblioteca también debe deshacerse de algunos hábitos propios, nacidos al calor de su relación con este esquema mercantilista, incluyendo el establecimiento de *rankings* de valor o calidad del conocimiento dependiendo de la editorial que lo haya publicado o del precio de la publicación, la gratuidad como sinónimo de baja calidad o de fracaso de gestión, el uso de índices como medida de estatus sin mayor utilidad práctica, y otra serie de medidas que solo alientan la supervivencia y reproducción del modelo.

Y debe dejar de creer pasivamente en mitos como "la biblioteca permite la democracia" o "la biblioteca mantiene informada a la sociedad" cuando algunas de sus políticas distan mucho de fomentar hábitos democráticos, equitativos, solidarios o igualitarios, y cuando una parte significativa de sus actuales colecciones están sesgadas y no son más que herramientas del sistema hegemónico para garantizar su continuidad frente a la pasividad de los sujetos (incluyendo los bibliotecarios).

\* \* \*

Por último, "poner en contacto" a dos elementos, crear una relación entre ellos, no tiene en principio mayor problema de definición. Ocurre que, tratándose de una acción, debe tener un motivo (el "¿por qué?") y un fin (el "¿para qué?"), además de una forma de llevarla a cabo (el "¿cómo?"). El motivo y el fin —la misión— son los que dan sentido a la acción y cimientan, en cierta forma, la idea de "biblioteca". La forma de llevar a cabo esa acción define las políticas, las funciones, los objetivos y metas, los métodos y los servicios bibliotecarios.

En general, e históricamente, se ha echado mano de razones básicas, sencillas y, por qué no decirlo, algo bienintencionadas, para sustentar la existencia de una biblioteca.



Tales razones —generalmente poco debatidas, pensadas críticamente, confrontadas con la realidad o contestadas— han sido recogidas y plasmadas en cientos de declaraciones, manuales, directrices y otros documentos normativos (inter)nacionales.

La mayoría de ellas (garantizar el derecho a la formación, la información y el ocio de la ciudadanía, conservar el patrimonio cultural de un pueblo...) caen bajo el manto de los llamados "derechos humanos", por lo cual estos suelen ser citados como (prestigiosa) categoría-base para definir el motivo y el fin bibliotecarios. Se trata de un hecho comprensible: básicamente, la Declaración Universal de los Derechos Humanos y otros instrumentos internacionales asociados recogen todo lo que sería bueno y deseable en/para la vida de una persona, todo lo que cualquier ser humano esperaría para su vida.

Sin embargo, en la práctica los derechos humanos se violan a diario. Las declaraciones son simples "listados de buenas intenciones" que, a nivel mundial, no siempre suelen cumplirse, ni garantizarse, ni protegerse. En consecuencia, las respuestas al "¿por qué?" y al "¿para qué?" de la biblioteca se alzan sobre cimientos inestables: se apoyan en principios en muchos casos inconvenientes para el sistema y la ideología dominante, y se basan en discursos inconsistentes, manoseados, cooptados, tergiversados e incluso falseados. La realidad muestra que el sistema hegemónico teme a (o, cuanto menos, no gusta de) una ciudadanía bien informada y crítica; por ende, no suele mostrar reparos en excluir y/o poner murallas entre la comunidad y el conocimiento (sobre todo cierto tipo de información); muestra que las instituciones llenan sus discursos de libertades y oportunidades pero hacen poco cuando esos valores son pisoteados, vituperados o negados; muestra que el derecho a la educación y el derecho a la información se encuentran entre los más ninguneados (y sus servicios, entre los más privatizados), y que el patrimonio cultural ha pasado de ser un bien común y colectivo a uno de consumo, protegido cuando resulta rentable y accesible solo para los privilegiados que puedan pagarlo.

Es preciso rebelarse contra las ideas, políticamente correctas, que usa el esquema dominante ante la opinión pública, pues solo sirven de mamparas para un tipo totalmente distinto de acciones. Es preciso buscar, descubrir y/o construir nuestros propios discursos y nuestros propios "porqués" sin vernos forzados a usar las categorías del sistema imperante, viciadas tras tantos años de negligencia y abuso, y desprovistas de todo lo bueno que un día quisieron o pudieron tener.

¿Por qué poner en contacto información y personas? ¿Por qué establecer el vínculo? Porque la información es poder, es una herramienta esencial para el cambio y la transformación. Cambia el que aprende a leer, y el que lee, y el que leyendo estudia, y el que estudiando investiga y descubre, y averigua, y comprueba y demuestra. Cambia la persona y cambia su entorno, y el cambio se convierte en una cadena de acontecimientos. El saber abre puertas y posibilidades: *todo* lo que hacemos se basa, sí o sí, en un fragmento de información, que suele necesitar de más fragmentos complementarios para ser más sólido. Cualquier sociedad que pretenda luchar por su bienestar y construir un porvenir mejor que el presente necesita información. Evidentemente, no se trata de la panacea a todos los males, las crisis o las problemáticas, pero es una excelente herramienta para identificar los límites de esos males y buscarles una solución definitiva o transitoria, o una salida alternativa, o un camino paralelo.

Esa información es un elemento vital, a cuyo acceso y de cuyo uso y disfrute tenemos derecho *todos*. Incluye el pasado de nuestra sociedad, nuestra historia y nuestra memoria, nuestros logros y fracasos, nuestros sueños más sublimes y nuestras más terribles bajezas. Y una sociedad sin todo eso es como un árbol sin raíces: basta un soplo para tumbarlo.

En esa información se encuentran muchas de las claves necesarias para entender nuestro presente, para destrabar puertas y para diseñar caminos. Allí están guardados todos los detonadores de risas y sonrisas, las semillas de todas las ideas que han sobrevivido el paso del tiempo, los tornillos de todos los proyectos posibles. La información no solo permite actuar, sino también pensar, disfrutar, evadirse, divertirse, imaginar, soñar, crear, expresarse...

Y del motivo, del "¿por qué?", se pasa al fin. ¿Para qué? Para conocer el pasado y entender el presente, para diagnosticar correctamente los problemas y entender las posibilidades de acción. Así es mucho más sencillo (aunque no necesariamente más fácil) planear un camino a futuro. Un camino lleno de músicas, y de cuentos, y de sueños (el arte es tan necesario al ser humano como la ciencia y la tecnología). Un camino en el que lograr lo que todo ser humano sueña para sí mismo: libertad, salud, comprensión, igualdad, casa, comida, seguridad, paz...

¿Cómo realizar la conexión? Directamente, y eliminando, dentro de lo posible, todos los intermediarios y todas las barreras (incluyendo a los bibliotecarios, si se convierten en una). He aquí, pues, otra rebelión: ante un poder como el de la información y sus

potenciales beneficios, es preciso rechazar las limitaciones y las trabas a su acceso y a su uso. La biblioteca debe abandonar inmediatamente su función de calabozo o de supermercado del saber, o de simple almacén en donde se pudren las ideas sin usar. Debe poner todo su empeño y emplear todos los medios a su alcance (y ese "alcance" puede variar de acuerdo a sus posibilidades), incluyendo la imaginación, para establecer y fomentar el enlace. Y debe considerar, asimismo, las capacidades y posibilidades de sus usuarios. Pues, al fin y al cabo, la biblioteca se debe tanto al conocimiento cuyo cuidado la sociedad le ha confiado como a sus visitantes y lectores.

\* \* \*

Los bibliotecarios son los que propician y facilitan el encuentro y la conexión entre personas y conocimientos. Su labor consiste en ampliar la superficie de contacto entre ambos elementos, crear y mantener las condiciones apropiadas, eliminar cualquier impedimento, solucionar los problemas y hacer lo posible por que la relación entre lectores y lecturas fluya de forma cómoda.

Para ello, el profesional de la información aplica un amplio y variado conjunto de herramientas y técnicas —simples medios para conseguir un fin, y no fines en sí mismas— que abren canales de acceso a cada rincón del acervo cultural conservado en la biblioteca, o amplían los ya existentes. Asimismo, prepara el espacio de encuentro y anima al visitante a utilizarlo, a disfrutarlo, a sacarle el mayor provecho y el mejor partido.

El hecho de que los bibliotecarios se planteen y aborden todos o algunos de los pasos planteados hasta aquí es, en sí mismo, un acto de rebeldía. Implica alzarse contra los perfiles "neutrales, objetivos y académicos" que se han querido asignar (y que, de hecho, se han asignado o impuesto) a la biblioteca y a sus profesionales, quizás buscando eliminar de antemano cualquier atisbo de pensamiento crítico y de acción independiente. Las etiquetas de "neutralidad" y "objetividad" han terminado convirtiéndose en ocasiones en verdaderas mordazas, llevando a algunos bibliotecarios al límite de auto-censurarse.

La resistencia contra ese modelo (auto)impuesto, que muchos profesionales han querido creer, han abrazado y han hecho suyo de buena fe, implica apostar por el uso comprometido y político de la información como una herramienta de lucha y cambio (dos acciones temidas por un *statu quo* amante de la docilidad y la inmovilidad); implica abandonar etiquetas tibias y correctas (y, por ello, completamente inútiles en

la práctica) y a actuar en la realidad, llamando las cosas por su nombre y sin tapujos; implica dejar de aceptar el bozal, la cadena, la censura, el dominio, el manejo, la amenaza, la coerción y la cooptación.

La idea de biblioteca debe ser solidaria y desinteresada. Debe ser, en sí misma, un poco anti-sistema, pues, bien planteada, choca frontalmente con los rígidos modelos de sociedad y con esos valores contemporáneos dominantes que nos encasillan en un molde único e invariable. Es una idea libertaria, en cuanto su principal prioridad es la libertad de pensamiento y acción del ser humano. Y es una idea activista y rebelde. Sobre todo rebelde. Porque no quiere ser encadenada, ni normalizada, ni legislada, no quiere tener dueño que la posea ni comité de expertos que la estudie o la diseccione. Quiere ser una biblioteca viva en todos los sentidos de la palabra.

\* \* \*

En resumen, si despojamos a la biblioteca de todo lo que la rodea, si desguazamos lo que sabemos sobre ella y vamos eliminando lo accesorio, lo vano, lo inútil, lo redundante, lo comercial, lo publicitario y lo impuesto, queda una idea muy básica. Una idea simple y desnuda. Y eso es lo que debemos rescatar. Eso es lo que debería ser la biblioteca.

Ya no es ese espacio físico que indica el análisis etimológico. Ya no es obligatoriamente la colección de libros, ni los procesos técnicos, ni los servicios, ni los productos. Nada de eso hace a una biblioteca; la biblioteca puede existir (y, de hecho, existe) sin ellos: hay bibliotecas sin libros (y con muchos sonidos), hay bibliotecas sin clasificar ni catalogar, e incluso hay bibliotecas cuyos estantes son una maleta y su sala de lectura, una pradera o el patio de tierra de una casa campesina...

Pero no hay biblioteca sin la idea central: el encuentro sin intermediarios entre personas y saberes.

Y por esa idea hay que luchar. Para recuperarla de debajo del aluvión de ruido en la que ha quedado enterrada. Porque es una idea poderosa. Una idea antigua, sencilla y rebelde; de una rebeldía de sentido común, verdades y manos a la obra. Esa rebeldía que tanto cuesta encontrar hoy en día.

No se trata de una idea de biblioteca autosuficiente, aislada en su lucha, sola en su locura. Es una idea de biblioteca que sepa sobrevivir si le toca caminar en soledad, y

que pueda colaborar si debe trabajar en red. Que sea capaz de enraizarse en su comunidad y pueda pensar "en pequeño" o "en grande" sin sentirse fracasada o avergonzada.

Es preciso romper con los modelos bibliotecarios dominantes porque no son más que una extensión de un sistema capitalista, consumista, materialista, homogéneo y homogeneizador, academicista, normalizador, clasista, elitista, racista, sexista, cuantificador, exclusivo y excluyente... Es preciso dejar de gastar energías en perseguir ensoñaciones y vanidades y concentrarse en los objetivos propios, los que beneficien a la propia comunidad.

¿Se está planteando, con esto, la idea de una "biblioteca social"? Sí. Y no. Porque después de todo lo dicho, hablar de "biblioteca social" suena a redundancia. Si una biblioteca no es de la sociedad y para la sociedad, no es una biblioteca. Es un archivo, un almacén, un museo o una librería.

O un cementerio de saberes.

### **3. Bibliotecas como agentes de cambio social**

Como queda expuesto hasta aquí, la idea de "biblioteca" puede reducirse a la conexión, en un espacio determinado, entre la ciudadanía y la información que compone su patrimonio cultural.

La biblioteca es, pues, una idea, no necesariamente el espacio que la acoge o en el que se expresa "físicamente". Allí donde va la idea de biblioteca, allí donde llega y se asienta, allí está: bajo un árbol, en una canoa, en una bolsa, o a lomos de un burro. No necesita de unas estructuras determinadas para existir, tampoco de un soporte documental concreto (y respetuoso de las especificaciones internacionales). La idea de biblioteca puede concretarse de mil formas, y muchas de ellas no precisan de un recinto. Basta con información (libros, "libros", revistas, boletines, folletos, música, pósteres...) y un contenedor en el que desplazarlos: allí donde el contenido se despliega, estará la biblioteca. Los bolsos, canastos, cajas, mochilas y maletas bibliotecarias son también bibliotecas circulantes, pequeñas sucursales viajeras de una biblioteca central (quizás tan "grande" y "compleja" como sus sucursales, quizás inexistente). Puede que la biblioteca en sí vaya pasando de mano en mano, tal vez enriqueciéndose en su recorrido.

En el "diseño" de esa biblioteca (es decir, en la definición de "información" de esa idea particular de biblioteca) debe tenerse en cuenta el perfil de los lectores; pero no desde un punto de vista estadístico. El poeta Nicanor Parra definió el gran problema de las estadísticas de una forma magistral. Usar estadísticas para conocer una comunidad nos dará una aproximación muy grosera, muy a grandes rasgos, muy *grosso modo*, y por lo general, de forma completamente irreal. Las estadísticas eliminan particularidades y acentúan los rasgos comunes, los puntos intermedios y las tendencias generales. Ocurre que eso no es la comunidad: es un esqueleto con el que pocos se identifican.

Las estadísticas sólo proveen una aproximación inicial. Para conocer la comunidad y sus necesidades es preciso andar con ella y entre ella, conocer su día a día, sus costumbres, sus problemas, sus necesidades y las soluciones que les gustaría tener para ellas, sus gustos y disgustos, sus miedos, sus alegrías... Sus escuelas, sus niños y sus maestros, sus hospitales, sus comercios, sus trabajadores, sus deportistas y artistas, sus ancianos, sus hombres y mujeres...

Las estadísticas homogeneizan la realidad, licúan el mosaico de colores en un único tono "intermedio". Es preferible utilizar la descripción densa y otras de las llamadas "herramientas cualitativas". De los resultados que surjan de su aplicación saldrán palabras que se repetirán y que podrán definir a la comunidad y su estado. Y de las historias de vida y las preguntas "cualitativas" y desde una "perspectiva de desarrollo de base" (que no es más que sentido común y respeto aplicados a la investigación) saldrán los datos para "diseñar la biblioteca", es decir, el medio por el cual la idea de biblioteca se hará realidad.

De la idea básica de biblioteca, desnuda de cualquier otra pretensión, pueden surgir literalmente miles de proyectos y realidades distintas, cada una respondiendo a un grupo humano, a un conjunto de saberes y a un contacto con motivos y objetivos diferentes.

Y solo desde esa posición, desde esa perspectiva —de respeto, compromiso, resistencia, activismo, e incluso militancia— se puede encarar el proyecto de lograr un cambio social. Por muy a pequeña escala que ese cambio social pretenda ser.

\*\*\*

Un cambio social puede encararse y liderarse desde una biblioteca que entienda que el espacio no es un factor limitante, y que sepa adaptarse al lugar en el que se mueve y a

su naturaleza, a los recursos disponibles, a las tradiciones y hábitos locales, a la idiosincracia y a la cultura de sus usuarios finales. Que no responda a límites, a imágenes pre-diseñadas ni a estereotipos. Que no sea un injerto.

Desde una biblioteca que intente ser de todos y para todos por igual, sin brechas ni distinciones, sin preferencias ni barreras. Sin exclusiones. Sin diferencias ni límites.

Desde una biblioteca que comprenda, acepte y abrace valores como la tolerancia, la equidad, la igualdad, el respeto, la paz, el compromiso, la justicia. Que entienda que la información —ese poderoso elemento que compone su núcleo— es una herramienta esencial para el cambio y las soluciones, para avanzar en cualquier camino que la sociedad haya decidido transitar en pos de su realización y su felicidad. Que el conocimiento es de todos y para todos, y que no es una mercancía, sino un bien común, del que la humanidad al completo debería ser capaz de disfrutar.

Desde una biblioteca que sea consciente de que en su propia naturaleza están las ideas de avance, de transformación, de adaptación, de resistencia, de descubrimiento. Que sepa contagiar esas ideas a aquellos que la visitan y la utilizan. Y que esté gestionada por personas que sepan leer su entorno y respirar sus vientos, tomarle el pulso a las preocupaciones de la gente, comprometerse con sus búsquedas y luchas, y que sean activistas de la cultura y militantes del pensamiento crítico, la construcción colectiva y el debate inapelable.

¿Y el cambio social al que hace referencia el título de esta conferencia? Bien, el cambio que se pretenda lograr con la biblioteca y sus actividades dependerá de la comunidad y de las personas que la compongan. De sus recursos, contextos y realidades cotidianas. De sus expectativas. Esos cambios pueden ser muy variables, tanto en su naturaleza como en su alcance, y es imposible siquiera delinear cuántos y cuáles podrían ser. Lo importante es que, sea como sea, si la biblioteca ha seguido esta ruta de pensarse y hacerse en sus significados más elementales, el primer paso para ese proceso de transformación social estará dado: la herramienta que los bibliotecarios pueden ofrecer para intentar alcanzar ese objetivo, ese cambio en la ciudadanía, ya estará montada y preparada para actuar.

Solo queda aceptar el reto. Y trabajar por ello.

### **[Un último interludio anecdótico]**

Una escuela sin biblioteca, casi sin libros, en una diminuta comunidad rural de las Sierra Grandes, en el corazón de la provincia de Córdoba, Argentina. Una escuela de esas que ni aparecen en los mapas o en las planificaciones gubernamentales, que pocos conocen, que a pocos preocupan.

Nicolás, 7 años, termina su dibujo en un puñado de hojas rescatadas de los restos de papel de una imprenta capitalina, recortadas irregularmente a tijera y cosidas con hilo y aguja. Todos los alumnos de aquella clase han escrito a mano e ilustrado ese y otro puñado de libros escolares de cuentos, un proyecto grupal que residirá en la recién creada "biblioteca de aula" de aquella escuelita. Libros hechos por ellos y para ellos. Aunque, de acuerdo a la normativa internacional, aquello no es un libro, ni ese rincón es una biblioteca (y, probablemente, el aula no es un aula ni la escuela una escuela...).

Para Nicolás y sus compañeros lo son: son los mejores libros del mundo, porque ellos son sus autores. Y aquella es la mejor biblioteca de la mejor aula de la mejor escuela del universo. Una que está generando un cambio. Un cambio social, real y palpable, aunque no aparezca en ninguna estadística o informe oficial.

¿A quién habrá que creerle: a Nicolás, o a las normativas internacionales?